

REFLEXIÓN

Factores psicológicos que determinan el comportamiento humano.

La escisión que se ha hecho entre la psicología y las suposiciones básicas de la biología son meramente artificiales, porque la psique humana vive en unión indisoluble con el cuerpo. Y, puesto que estas suposiciones biológicas son válidas tanto para el ser humano como para todo el mundo de seres vivos, el fundamento científico en el que descansan adquiere validez por encima de un juicio psicológico, el cual es válido únicamente en el reino de la conciencia. Por lo tanto, no debe sorprendernos si un psicólogo se siente inclinado a apoyarse en la seguridad del punto de vista biológico y libremente pida prestado a la fisiología y a la teoría del instinto. Tampoco debemos maravillarnos al encontrar un punto de vista ampliamente aceptado que considera a la psicología como un capítulo más de la fisiología. Aun cuando la psicología clama por su derecho a ser autónoma en su propio campo de investigación, ésta debe reconocer una correspondencia muy lejana entre sus hechos y los datos biológicos.

Por encima de los factores psicológicos que determinan el comportamiento humano, los instintos son las fuerzas motivadoras principales de los eventos psíquicos. En vista de la controversia que ha dado guerra alrededor de la naturaleza de los instintos, me gustaría establecer con claridad la relación entre los instintos y la psique, según mi parecer, y el motivo por el cual considero que los instintos son factores psicológicos. Si comenzamos con la hipótesis de que la psique es absolutamente idéntica a la situación de estar vivo, entonces debemos aceptar la existencia de una función psíquica incluso en los organismos

unicelulares. En ese caso, el instinto sería una especie de órgano psíquico y la actividad de producción hormonal de las glándulas tendría una causa psíquica.

Por lo tanto, si miramos la apariencia de la psique como un evento relativamente reciente en la historia de la evolución y asumimos que la función psíquica es un fenómeno que acompaña al sistema nervioso, el cual de una u otra manera se ha centralizado, entonces será difícil de creer que los instintos fueron originalmente psíquicos en la naturaleza. Y, puesto que la conexión de la psique con el cerebro es una conjetura más probable que la de la naturaleza psíquica de la vida en general, considero a la compulsividad característica del instinto como un factor ectopsíquico. Nada menos, es psicológicamente importante porque conduce a la formación de estructuras o patrones que pueden considerarse como determinantes del comportamiento humano. Bajo estas circunstancias, el factor determinante inmediato no es el instinto ectopsíquico sino la estructura que resulta de la interacción del instinto y la situación psíquica del momento. Entonces, el factor determinante sería un instinto modificado. El cambio que ha sufrido el instinto es tan significativo como la diferencia entre los colores que vemos y la longitud de onda objetiva que los producen. El instinto como un factor ectopsíquico jugaría el rol de un mero estímulo, mientras que el instinto como un fenómeno psíquico sería la asimilación de éste estímulo a un patrón psíquico preexistente. Se necesita un nombre para este proceso y yo lo determinaré psiquización. De esta manera, lo que llamamos instinto brusco sería un dato psiquizado, pero de origen ectopsíquico.

Fenomenología general

La visión señalada arriba nos hace posible entender la variabilidad del instinto dentro el marco de su fenomenología general. El instinto psiquizado pierde hasta cierto punto su singularidad, a veces, de hecho pierde su característica más esencial, la compulsividad. Ya no es un hecho psíquico inequívoco, sino que se ha transformado en una modificación condicionada por su encuentro con el dato psíquico. Como un factor determinante, el instinto es variable y por lo tanto, tiene diferentes aplicaciones. Cualquiera que sea la naturaleza de la psique, está dotada de una capacidad extraordinaria para variar y transformarse.

Por ejemplo, cuán inequívoco puede ser el estado físico de excitación llamado hambre, las consecuencias psíquicas que resultan de éste pueden ser múltiples. No sólo las reacciones hacia el hambre ordinaria pueden variar ampliamente, sino que el hambre en sí misma puede ser “desnaturalizada”, e incluso puede aparecer como algo metafórico. No es sólo que utilicemos la palabra hambre de diferentes maneras, sino que en combinación con otros factores, el hambre puede asumir las formas más variadas. El determinante originalmente simple e inequívoco puede aparecer transformado en gula pura, o en muchos aspectos de un deseo ilimitado o insaciabilidad, como por ejemplo, la codicia de ganancias o la ambición desmedida.

El hambre, como una expresión característica del instinto de auto-preservación es, sin duda, uno de los factores principales y más poderosos que influyen en nuestro comportamiento; de hecho, la vida de los primitivos estaba más fuertemente afectada por el hambre que por la sexualidad. En este nivel, el hambre es la existencia alfa y omega en sí misma.

La importancia del instinto para la preservación de las especies es

obvia. Sin embargo, el crecimiento de la cultura que ha conllevado tantas restricciones de naturaleza moral y social, le ha adjudicado a la sexualidad, al menos temporalmente, un valor excesivo, comparable al del agua en el desierto. A causa del valor desmedido que se le ha dado al placer sensual intenso que la naturaleza ha puesto sobre el asunto de la reproducción, la urgencia de satisfacción del placer sexual aparece en el ser humano sin estar condicionada por la temporada de apareamiento, casi como un instinto separado. El instinto sexual se combina con muchos sentimientos, emociones y afectos diferentes, con intereses espirituales y materiales, a tal grado que, son bien conocidos los intentos que se han hecho de ajustar las culturas enteras a estas combinaciones.

La sexualidad, como el hambre, experimentan una psiquización radical que le hace posible a la energía instintiva originalmente pura ser desviada de su aplicación biológica hacia otros canales. El hecho de que la energía pueda ser desplegada en diversos campos indica la existencia de aún otros impulsos suficientemente fuertes como para cambiar la dirección del instinto sexual y desviarlo, por lo menos en parte, de su meta inmediata.

Entonces, me gustaría diferenciar como un tercer grupo de instintos el impulso a la actividad. Esta urgencia comienza a funcionar cuando otras urgencias están satisfechas; de hecho, posiblemente, es llamado a aparecer únicamente después de que eso ha ocurrido. Bajo este encabezado podríamos hablar de la urgencia de viajar, del amor al cambio, la inquietud y el instinto de juego.

Existe otro instinto diferente al impulso a la actividad y hasta donde sabemos, es específicamente humano y que podría llamarse, el instinto de reflexión. Normalmente no pensamos en la "reflexión" como algo que

hubiera sido un instinto sino asociado con un estado mental de conciencia. Reflexio significa 'inclinarse el cuerpo hacia atrás' y utilizado psicológicamente, denota el hecho de que el reflejo que conduce al estímulo hacia su descarga instintiva está siendo interferido por una psiquización. Debido a esta interferencia, el proceso psíquico ejerce una atracción sobre el impulso para actuar excitado por el estímulo. Así, antes de haberse descargado en el mundo externo, el impulso es desviado hacia una actividad endopsíquica. Reflexio es volverse hacia el interior, teniendo como resultado una sucesión de contenidos o estados derivados que podrían llamarse reflexión o deliveración, en vez de una acción instintiva. De esta manera, en lugar del acto compulsivo, aparece un cierto grado de libertad, y en lugar de una predecibilidad, una relativa impredecibilidad como efecto del impulso.

La riqueza de la psique humana y su carácter esencial posiblemente están determinadas por este instinto de reflexión. La reflexión vuelve a realizar el proceso de excitación y conduce al estímulo a través de una serie de imágenes, las cuales, si el ímpetu es suficientemente fuerte, son reproducidas en algún tipo de expresión. Esto puede manifestarse directamente, por ejemplo, cuando hablamos, o puede aparecer en la forma de un pensamiento abstracto, una representación dramática o una conducta ética; o nuevamente, en un logro científico o una obra de arte.

A través del instinto de reflexión el estímulo es más o menos transformado en su totalidad en un contenido psíquico, esto es, se transforma en una experiencia: un proceso natural es transformado en un contenido consciente. La reflexión es el instinto cultural por excelencia, y su fuerza se muestra en el poder de la cultura para sostenerse en la cara de la naturaleza no domesticada.

Los instintos no son creativos en sí mismos; estos se han ido organizando firmemente y por lo tanto son muy automáticos. El instinto de reflexión no es una excepción a esta regla pues la generación de conciencia no es en sí misma un acto creativo, sino que bajo ciertas condiciones puede ser un proceso meramente automático. Es un hecho muy importante que esta compulsividad del instinto, tan temida por el ser humano civilizado, también produce ese miedo característico de adquirir conciencia, mayormente observado en las personas neuróticas, pero no solamente en ellas.

Aun cuando, en general, el instinto es un sistema de regiones firmemente organizadas y en consecuencia tiende hacia la repetición ilimitada, el ser humano, sin embargo, tiene el poder distintivo de crear algo nuevo en el sentido real de la palabra, justo como la naturaleza, que en el transcurso de largos períodos de tiempo logra crear nuevas formas. Si bien no podemos clasificarlo con un alto grado de exactitud, el instinto creativo es algo que merece una mención especial. No se si 'instinto' sea la palabra adecuada. Utilizo el término 'instinto creativo' porque este factor se comporta dinámicamente, como el instinto. Como el instinto, es compulsivo, pero no es común y no es una organización arreglada e invariablemente heredada. Por lo tanto, prefiero designar al impulso creativo como un factor psíquico similar en su naturaleza, al instinto. En verdad tiene una conexión muy cercana con los instintos, pero sin ser idéntico a ninguno de ellos. Sus conexiones con la sexualidad son un problema muy discutido, además, tiene mucho en común con el impulso a la actividad y con el instinto de reflexión. Sin embargo, éste puede suprimirlos o hacer que ellos estén a su servicio hasta el punto de la auto-destrucción de lo individual. La creación es tanto destrucción como

construcción.

Para resumir, me gustaría enfatizar que desde el punto de vista psicológico, podemos distinguir cinco grupos principales de factores instintivos: hambre, sexualidad, actividad, reflexión y creatividad. En el último análisis, los instintos son determinantes ectopsíquicos.

Una discusión acerca de los factores dinámicos que determinan el comportamiento humano no puede estar completa sin mencionar el *deseo*. La parte que juega el deseo, sin embargo, es un asunto de disputa, y todo el problema se liga a consideraciones filosóficas que a su vez dependen de la visión que uno tenga del mundo. Si consideramos que el deseo es libre, entonces no se encuentra atado a la casualidad y no hay nada más que decir sobre él. Pero si se considera como algo predeterminado y causalmente dependiente de los instintos, éste se convierte en un epifenómeno de segunda importancia.

Las modalidades del funcionamiento psíquico son diferentes de los factores dinámicos pues las primeras influyen en el comportamiento humano de otras maneras. Por encima de esto, mencionaré especialmente el género, la edad y las disposiciones hereditarias de los individuos. Estos tres factores se entienden primeramente como datos fisiológicos, pero en la misma medida son también psicológicos y tan sujetos de psiquización como los instintos. Por ejemplo, la masculinidad anatómica está muy lejos de constituir una prueba de la masculinidad psíquica de un individuo. De manera semejante, la edad fisiológica no siempre corresponde con la edad psicológica. Y con respecto a la disposición hereditaria, el factor determinante de la raza o familia puede estar cubierto por una superestructura psicológica. Mucho de lo que se interpreta como hereditario en un sentido estrecho es más bien una

especie de contagio psíquico que consiste en una adaptación de la psique del niño al inconsciente de los padres.

A estas tres modalidades semi-fisiológicas me gustaría agregar otras tres que son psicológicas. En medio de estas quiero enfatizar la conciencia y el inconsciente. Hace una enorme diferencia en el comportamiento del individuo si su psique funciona principalmente con conciencia o inconscientemente. Naturalmente, es sólo una cuestión de mayor o menor grado de conciencia porque una conciencia absoluta es empíricamente imposible. Un estado de inconsciencia extremo se caracteriza por el predominio de procesos instintivos compulsivos, lo cual trae como resultado o una inhibición incontrolada o una falta de inhibición en todo. Los sucesos dentro de la psique son entonces contradictorios y suceden alternando antítesis ilógicas. En casos así, el nivel de conciencia es esencialmente un estado de sueño. Por otro lado, un alto nivel de conciencia, se caracteriza por una conciencia elevada, una preponderancia del deseo, un comportamiento dirigido y racional y una casi total ausencia de determinantes instintivos. Así, el inconsciente se encuentra en un nivel definitivamente animal. El primer estado carece de logros intelectuales y éticos, el segundo carece de naturalidad.

La segunda modalidad es la extraversión y la introversión. Estas determinan la dirección de la actividad psíquica, esto es, deciden si los contenidos conscientes se refieren a objetos externos o al sujeto. Por lo tanto, deciden también si el valor del énfasis está afuera o dentro del individuo. Esta modalidad opera tan persistentemente que construye actitudes habituales, esto es, caracteres con rasgos externos reconocibles.

La tercera modalidad señala hacia arriba y hacia abajo (para usar una

metáfora), porque tiene que ver con el espíritu y con la materia. Es verdad que en general la materia es el asunto de la física, pero también es una categoría psíquica, como lo muestra claramente la historia de la religión y la filosofía. Y así como la materia está concebida meramente como una hipótesis de trabajo para los físicos, el espíritu, tema de la religión y la filosofía, es una categoría hipotética en la necesidad constante de reinterpretación. La llamada realidad de la materia está confirmada primeramente por nuestra percepción sensorial, mientras que la creencia en la existencia del espíritu, está soportada por la experiencia psíquica. Psicológicamente, no podemos establecer nada más determinante con respecto a la materia o al espíritu, que la presencia de ciertos contenidos conscientes, algunos de los cuales han sido etiquetados como de origen material y otros de origen espiritual. Es cierto que en la conciencia de la gente civilizada existe una fuerte división entre ambas categorías, pero a un nivel primitivo, las fronteras se vuelven tan nebulosas que la materia con frecuencia parece estar cargada de 'alma', mientras que el espíritu parece ser material. Sin embargo, a partir de la existencia de estas dos categorías, los sistemas de valores éticos, estéticos, intelectuales, sociales, emergen y al final determinan la manera en que los factores dinámicos en la psique se utilizarán. Posiblemente no sea exagerado decir que la mayoría de los problemas cruciales de los individuos y de la sociedad recaen en la manera en que funciona la psique con respecto a la materia y al espíritu.